

1

NUNCA IMAGINÉ QUE ACABARÍA encontrándome con Ewan McGregor después de tantos años soñando con él. Porque mira que lo he intentado en la vida real buscando todo tipo de excusas. Una y otra vez. De hecho, en la última semana me han rechazado dos campañas de televisión protagonizadas por él, y mi director creativo me ha pedido insistentemente que deje de intentar colarlo en cualquier cosa que haga, porque (y cito palabras textuales) «dime tú, Sabrina, ¿qué tiene que ver Ewan McGregor con la nueva línea de compresas con alas desplegadas de Delicatex?».

La semana pasada estuve a punto de conseguirlo durante la presentación de la próxima campaña para la Oficina de Turismo de Escocia. ¡Todo iba tan bien...! El cliente (los tres clientes) había escuchado la idea y no le había puesto ni un solo pero. Hasta cabeceaba asintiendo en cada palabra, escuchaba el guión del anuncio y lo entendía, porque incluso se reían en las pausas adecuadas. La cosa no podía ir mejor. La plana mayor del departamento de marketing de la Oficina de Turismo de Escocia estaba a punto de hacer realidad el sueño de mi vida: no sólo iba a hacer un anuncio de puta madre (como decimos en la jerga técnica), sino que además iba a conocer a mi amor platónico.

—Y hemos pensado que, para demostrar esa idea de una Escocia joven y dinámica, el mejor representante posible es Ewan McGregor, así que lo proponemos como protagonista de nuestro anuncio —terminé mi exposición.

No hubo aplausos, nunca los hay. Eso pasa sólo en las pelícu-

las. Pero por la cara de satisfacción de los clientes, era como si nos hubieran aplaudido.

—Nos ha gustado mucho la campaña —dijo el que más sonreía de todos ellos, y los demás asintieron—. Muchísimo, es lo mejor que hemos oído en mucho tiempo. Sólo tenemos una duda: ¿Ewan McGregor?

—Sí, Ewan McGregor —contesté—. Es joven, es dinámico, transmite una buena imagen, moderna y...

—¿Quién es Ewan McGregor?

Vaya. Parecía que al director de marketing de la Oficina de Turismo de Escocia las palabras Ewan McGregor no le decían nada.

—Sí, hombre —dije con confianza—, una estrella de Hollywood; es superfamoso, escocés, hasta lleva un «Mc» en el apellido y todo... Es pelirrojo, como buen escocés... Muy guapo... a veces lleva faldas escocesas... —y le quedan de miedo, pensé lujuriosa, guardándome el pensamiento para mí.

—Pero mi madre no sabe quién es Ewan McGregor.

—Todo el mundo lo sabe.

—Mi madre no.

Pensé en pedirle el número de teléfono de su madre para comprobar si era cierto o sólo un farol, pero no lo hice. A los clientes no les acaba de gustar que insinúes que son unos mentirosos.

—Bueno, pero no creo que eso sea un problema, ¿no? —aunque empezaba a temerme que sí iba a ser un problema. Un gran problema.

—Yo creo que la idea no está nada mal, pero en vez de al McGrewoin ese deberíamos sacar a Jesús Bonilla.

¿Lo qué?

¿Lo cuál?

—Esto... ¿Jesús Bonilla? Pero, pero... pero... pero... ¿por qué?

—Mi madre lo conoce, y además le hace mucha gracia. A todos nos hace mucha gracia.

Me tomé entonces unos segundos para calmar mi agitado interior, musité varios «omm» y traté de pelear por mi idea.

—Pero Jesús Bonilla no es escocés. En cambio, Ewan McGregor sí lo es. Lleva un «Mc» en el apellido.

—Paul McCartney también lleva un «Mc» en el apellido —intervino otro de los clientes.

—A mí me gustaban mucho sus canciones.

—Pero él no vale, McCartney es de Liverpool —balbuceé—. No sabe nada de Escocia... Y además le cuelgan los mofletes...

—La creativa tiene razón.

Menos mal, un poco de cordura. El jefe de todos había decidido intervenir para imponer un poco de sensatez.

—Paul McCartney era el malo, y John Lennon el bueno, todo el mundo lo sabe —dijo el jefe—. Además Paul McCartney se casó con una discapacitada y luego se divorció. Se nos podrían echar encima las asociaciones de discapacitados.

—Y las de divorciados —dijo otro.

—John Lennon nunca se divorció —continuó el jefe.

—Pero Lennon también era de Liverpool. Necesitamos un escocés... —protesté.

—Lennon se casó con una japonesa fea. Muy fea, incluso. Y a pesar de eso no se divorció. Eso es bueno, es multicultural. Y los feos se pondrían de nuestra parte. No olvidemos que los feos son mayoría en el mercado...

—Pero ¡Lennon está muerto! —me resistí.

—Es verdad, la creativa ha dicho la verdad.

Y se quedaron en silencio, mirándome y preguntándose si la agencia podría hacer algo por resucitar a John Lennon y convencerlo de que hiciera un anuncio para promocionar el turismo escocés vestido con la típica falda.

—Volviendo a Ewan McGregor —ataqué de nuevo, tratando de reconducir la situación—, yo creo que lo mejor...

Pero me interrumpieron.

—La primera idea es la buena, yo siempre he oído eso.

—Mi madre siempre lo dice.

—Eso es —dije suspirando de alivio—, es mejor no darle muchas vueltas.

—Sí, ¿no? Entonces, ¿todos estamos de acuerdo?

Todos asentimos, los de la agencia sonriendo mucho.

—Pues decidido —dijo el director de marketing—: con Jesús Bonilla.

Pero eso es el pasado, y ahora estamos en el presente. Y en el presente todos mis esfuerzos por conocer a Ewan McGregor han pasado a la historia, porque lo tengo delante.

Es él en carne y hueso.

Tiene que serlo, porque las ensoñaciones y las fantasías nunca son tan reales y minuciosas como ésta. ¡Si hasta puedo describir con precisión la textura de la bufanda que lleva enrollada al cuello! ¡Y qué estilo tiene el tío enrollándose bufandas! En cosas como ésta se nota que uno es actor de Hollywood, y no en los papeles chungos de drogadicto o de chalado neurótico que elige de vez en cuando para demostrar que es un tío serio de verdad, y que deberían darle dos o tres Oscar. Doy unos pasos hacia él para asegurarme de que no estoy alucinando. McGregor permanece quieto, mirándome fijamente con esos ojos intensos, sin hacer el más mínimo movimiento. Tan sólo me devuelve la mirada mientras sigue tan pancho, recostado sobre su mochila de viaje un tanto desgastada y con una mano apoyada sobre su carísimo reloj deportivo en un gesto relajado. Su barba descuidada de tres días compite con una mata semirrojiza de cabello perfectamente colocada,

mechón a mechón. Al fondo, descansa su compañera de viaje, la moto de un auténtico aventurero, de un tío de verdad. De un tío tan guay como Ewan McGregor.

Lo que no tengo nada claro es por qué si estamos en medio de la calle Alcalá y es tan tarde que todas las tiendas están a punto de cerrar, detrás de él hay un par de montañas verdes, rodeadas de una niebla casi mágica.

—Señorita, señorita... ¿se encuentra usted bien?

—¿Eh?

¿De dónde viene esa voz y por qué es tan lejana y cercana a la vez? Y no es la única. Es como si un grupo numeroso de personas me hubiera rodeado.

—¿Necesita ayuda?

—Pobrecita, parece desorientada.

—O borracha.

—O borracha y desorientada.

—Yo diría que son las drogas, hoy en día todo el mundo toma drogas. Lo dicen en la tele.¹

De repente, Ewan McGregor desaparece de mi vista y levanto la mirada aturdida. Ahora que me fijo, diría que estoy tumbada en la acera frente a los cubrealarmas del Bodybell de mi barrio, rodeada de desconocidos que murmuran sobre mí y sobre las múltiples razones (todas ellas escabrosas) que me han llevado a arrastrarme por los suelos en una fresca tarde de finales de primavera. Me levanto con dificultad ayudada por un par de brazos desconocidos que no son los de Ewan McGregor, pues son mucho más peludos. Porque él sigue ahí, pero el tío no hace nada. ¡Qué poco cortés!

1. ¡Cómo está Madrid, señores! Es una ciudad en la que nadie piensa que estás tirado en la calle porque te ha dado una bajada de tensión después de un análisis de sangre, sino porque eres un drogadicto aficionado a las peleas de gallos con problemas de integración.

Está paralizado. Sólo me mira desde el cubrealarmas del Bodybell o, más concretamente, desde el panel publicitario que hay sobre él y que anuncia la última campaña del perfume Davidoff para hombres aventureros. Aventureros como Ewan McGregor, que es la imagen de esa marca.

Mierda, mierda y mierda: esta vez parecía real de verdad. Pero las cosas no deben de haber cambiado tanto en mi vida como yo creía si sigo confundiendo de esta manera tan tonta la realidad con la ficción; si sigo pensando que una foto publicitaria es un tío de carne y hueso. Pero es un problema que tengo muy a menudo. De hecho, es un problema que tenemos muchos creativos publicitarios: nos cuesta controlar nuestra imaginación exacerbada y eso hace que algunas veces... bueno, que perdamos un poquitín la cabeza.

O, como en mi caso, que la perdamos una y otra vez.

En general, todo el mundo tiene una idea preconcebida sobre cómo somos los que trabajamos en publicidad, especialmente sobre los creativos. Se creen que nos pasamos el día de juerga, bebiendo gin-tonics en horas de trabajo, probando todas las drogas nuevas que salen al mercado y gastándonos nuestros desorbitados sueldos en Camper y en Custo Barcelona. La realidad es muy distinta. Sobre todo porque, para empezar, los sueldos no tienen nada que ver con los que había en la década de los ochenta (y sólo nos da para comprar como mucho en H&M). Entonces la publicidad sí que era un mundo que derrochaba glamur y de dorados (y de suministro de drogas a cuenta de la empresa). Hoy en día, las agencias de publicidad pagan bastante mal a sus empleados y los tratan peor. Y de lujo, dorados y glamur nada de nada. En todo caso, papel Albal y ratería. Pero ¡sí el otro día fui a pedirle un sacapuntas eléctrico al señor Juan, el encargado de mantenimiento de la multinacional en la que trabajo, y primero se rió en mi cara y luego me hizo pagarle una fianza por un sacapuntas con-

vencional! Y ya sé que os estaréis preguntando por qué sigo yo en esto si la cosa está tan mal. Es una pregunta a la que sólo puedo responder así: ¡y yo qué sé! La publicidad es un negocio mucho más duro de lo que yo me imaginaba en mis inocentes ensoñaciones universitarias. No tiene nada que ver con lo que sale en las pelis y en las series de televisión americanas. Al menos, la publicidad española. Aquí, si ruedas un anuncio, en vez de con Michael Jordan lo harás con tu abuela y dos vecinas del cuarto que no tienen nada mejor que hacer que pasar la mañana en un plató frío y oscuro a las afueras de Getafe, a cambio de un par de billetes de 20 euros (y un bocadillo de salchichón). Aquí, las producciones de moda se hacen con ropa del Carrefour y modelos con menos glamour que el chorizo de Cantimpalo.

Pero también sé que muchas mañanas me levanto con el rostro encendido, iluminada porque acabo de soñar algo que podría ser LA IDEA que resuelva la campaña del próximo cliente. O porque, por fin, voy a poder trabajar con el locutor de moda, que además es un cachondo mental y le dobla la voz a Frasier. O porque voy a pasarme horas haciendo un brainstorming con mis compañeros de equipo, y todo el mundo sabe lo divertido que puede ser pasarse tres horas encerrados juntos en una sala soltando chorradas sin cesar.

Y eso hace que todo lo demás merezca la pena.

Aunque, frecuentemente, mi trabajo en la agencia es como toparse con un muro de dos metros de alto una y otra vez. Un muro que, para más inri, huele a pis, está cubierto de ortigas y acumula cuatro capas de carteles de conciertos de grupos que ya ni siquiera existen. Qué asquito.

Lo de las ensoñaciones fantasiosas con Ewan McGregor puede que sea uno de los efectos secundarios de mi profesión, y lo malo

es que me pasa más a menudo de lo que me gustaría. Después de mi accidentada caída en medio de la calle Alcalá, consigo librarme de la multitud que me rodea con el sencillo método de enseñarles los dientes a todos y hacerme la loca («¡que estoy muy locaaaaa! ¡que estoy muy locaaaaa!»), y me vuelvo para casa. Abro el portal, entro en el ascensor cargada de bolsas de la compra y aprieto el botón. Mi vida ha cambiado bastante en el último medio año, y la reluciente llave de seguridad que tengo en mi mano derecha es una clara muestra de ello. Salgo al descansillo de la escalera y lucho durante unos segundos con las bolsas del Ahorramás y las malditas llaves. Por fin consigo abrir la puerta y suelto todo corriendo en el suelo para poder quitar la alarma.

Sí, señores. Yo, Sabrina Solís, creativa de publicidad de RBDD & Partners, de veintisiete años de edad, vivo en un piso de lujo con alarma antirrobo. Traducción: hay cosas en este piso que merece la pena robar, como un televisor de plasma 40" Sony con TDT, una Xbox y varios cientos de miles de CD y libros de diseño de los que valen un pastón. Nada que ver con lo que había en mi piso anterior.² Pero no es sólo eso. Deberías ver lo que me rodea, porque a mí todavía me sigue quitando la respiración. Y eso que ya llevo un par de meses viviendo aquí; aun así, sigo sin acostumbrarme al piso de Nico.

Nico. Mi chico.

Repito esas dos palabras una y otra vez. Mi chico, mi chico, mi chico... Nico. Mi chico. Nico. Que estoy muy locaaaaaaa... Mudarme a su ático de diseño ha sido el último paso en nuestra relación relámpago. Algo que mi madre no lleva nada bien, porque ni ha habido petición de mano ni ha habido boda ni las habrá.

2. Un radiocasette del año de Maricastaña, la colección de peluches gigantes de Candela —mi antigua compañera de piso— y sus complementos, mis libros de *Los Cinco*, un televisor de 17" prestado y cualquier cosa que los vecinos del barrio abandonaran frente al contenedor del papel.

—¿Y qué dirán mis amigas?

—Si tú no les dices nada, no tienen por qué enterarse, mamá.

—¿Y las vecinas? Que ésas sí que se enteran de todo. ¿Qué van a decir las vecinas?

—Pues que digan lo que quieran, mamá.

—Dirán que qué vergüenza, que eres una perdida... Buaaaaahhhhh... Para una hija que tengo y me quita la única ilusión que puede tener una madre en la vida: verla salir de casa vestida de blanco, como Dios manda.

—Pero ¡mamá! ¡Si tú eres atea!

—¿Y eso qué tiene que ver?

Así todo el rato. Afortunadamente, la presión familiar se ha relajado algo en las últimas semanas y supongo que tendré un descanso hasta que Pronovias saque el catálogo de la nueva temporada. O hasta mañana por la mañana cuando mamá, como cada sábado desde que me mudé, me llame para recordarme «mi escandaloso comportamiento» y que mi tía Emiliana sigue sin recuperarse del síncope que le dio al enterarse de la noticia.

—¿Y quién es la tía Emiliana?

—No, tú no te acuerdas de ella. No nos hablamos desde tu bautizo.

—¿Y por qué le ha dado un síncope entonces, si no tenemos ninguna relación con ella?

—¡No cambies de tema!

Pero dejando a un lado que para mi familia estoy cometiendo un delito más que un pecado, Nico y yo estamos convencidos de que la relación marcha bastante bien. A pesar de que apenas nos vemos por culpa de nuestros trabajos; o, más bien, por culpa del trabajo de Nico. Desde que a principios de año lo hicieron director del departamento creativo de TLA, otra gran multinacional de publicidad, apenas tenemos vida privada: demasiadas reuniones, demasiadas horas extras, demasiadas responsabilidades y campa-

ñas que solucionar y poco de todo lo demás. Ya sabes a qué me refiero.

Pero eso va a cambiar esta noche, me digo mientras me llevo las bolsas a la cocina.

En mi cabeza, nuestra nevera se parece bastante a las que aparecen en los folletos de hogar de El Corte Inglés, es decir, siempre está repleta de verduras frescas y exóticas frutas artísticamente colocadas, botellas de Perrier, minibotellas de champán para dos, latas de conserva de delicatessen y una tarta sacher adornada con guindas rojas y perfectas donde se lee Feliz Navidad. La triste realidad es que sólo nos queda un limón medio pocho, yogures caducados desde hace quince días y sí, en algún momento hubo una tarta sacher (sin cerezas), pero me la comí.

Reconozco que me gustaría ser la perfecta ama de casa y tener todo esto como los chorros del oro al mismo tiempo que preparo cenas dignas de Ferran Adrià (o al menos de Arguiñano, que está más a pie de calle), cultivo mis propias hierbas aromáticas en la terraza y me hago una experta en chapuzas del hogar. Pero hasta que ese momento llegue, Nico y yo sobrevivimos a base de pizzas congeladas, el Telechino del barrio y la ayuda de una encantadora rumana que ejerce de comandante general del ejército en nuestra guerra particular contra las pelusas. Yo nunca he sido un dechado de virtudes en el terreno de la limpieza. Muestra de ello era el piso que compartía anteriormente a Mi Nueva Vida (MNV) con mis dos amigas del alma: Ana y Candela. Si la casa de uno es el reflejo de su verdadera personalidad, nosotras tres hubiéramos ido de cabeza al frenopático de guardia más cercano. Y aunque no te puedo hacer una descripción exhaustiva de su estado, sí te puedo decir que hace una semana cené allí y necesité un par de horas para despegarme de la taza del váter. Personalmente, estoy intentando

reformarme y ser algo más pulcra de lo que era. Que no ordenada, porque el orden y yo seguimos teniendo nuestros más y nuestros menos. Además trabajo mucho y apenas tengo tiempo para cosas tan mundanas como limpiar y ordenar. Ya lo haré cuando me jubile o cuando me toque el cupón de la ONCE. Ahora tengo cosas más importantes que hacer. Como, por ejemplo, tirarme en el sofá y ver el capítulo de *Yo soy Bea* que dejé grabando. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a recuperar el episodio, oigo cómo alguien hurga en la cerradura de la puerta principal y salgo corriendo hacia la entrada como si fuera un cachorrillo entusiasmado ante la llegada de su dueño. No le doy tiempo a que suelte su mochila cuando ya estoy en sus brazos.

—Mmmmmmmmmmm —son sus únicas palabras.

Esto es lo que más me gusta de nuestra relación. Entre Nico y yo no son necesarias las palabras para entendernos, es como si nos pudiésemos comunicar mentalmente.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Qué has hecho hoy? ¿Qué has comido? ¿Has venido en metro? ¿Qué piensas de la devolución de Hacienda? ¿Cuándo nos la pagarán? ¿Podré gastarme parte en Hoss? ¿Te parecerá bien?

Noto cómo Nico sonríe mientras me besa de nuevo y no responde a ninguna de mis preguntas. Rara vez lo hace. No es un chico muy aficionado a las conversaciones superficiales. Afortunadamente yo hablo más que de sobra por los dos. Y por otros dos más, por si acaso. Y las conversaciones superficiales son mis favoritas después de las absurdas y de las surrealistas. Nico camina con dificultad hacia el salón conmigo encima y me tira sobre el sofá. Se sienta junto a mí con un gemido y entierra la cara sobre mi hombro.

—Argggggg... estoy hecho polvo.

—Pobrecito.

—Las reuniones son un invento del demonio. Y las reuniones

de presentación del viernes a última hora son la antesala del fin del mundo.

Pobre Nico. Su vida se ha reducido a una Reunión Constante, con mayúsculas. Da igual la hora o el día de la semana, siempre está ocupado en alguna sala de reuniones de TLA llena de miembros de su agencia discutiendo o haciendo como que trabajan, piensan y discuten. Son reuniones en las que se decide poco o nada, en las que no hay nadie de fuera, como clientes, proveedores o posibles socios; tan sólo asisten a ellas altos directivos de la agencia o empleados de la misma que luchan por conseguir el Oscar al mejor actor en el papel de empleado eficaz.

—Estoy de acuerdo —asiento comprensiva mientras lo vuelvo a acariciar—. Pero son mucho peores los desayunos de trabajo que tienes todos los lunes a primera hora. Deberías echarle coñac a tu café y hacerte un carajillo doble, ya verías cómo la cosa mejoraba. En el dormitorio tengo una petaca por si la quieres...

Nico levanta su ceja en un ángulo perfecto y me mira atónito. Todavía no sabe cuándo hablo en serio y cuándo digo algo en broma. Para ser sinceros, yo tampoco. Luego se le escapa una sonrisa a través de su largo, larguísimo flequillo. Hubo una época en la que no estaba segura de qué se escondía detrás de aquel espeso telón castaño claro, de hecho, me daba un miedo atroz averiguarlo. Y al mismo tiempo, no podía evitar pensar en ello una y otra vez. Ahora soy una de las pocas afortunadas que conocen el secreto mejor guardado del director creativo ejecutivo de TLA, y os puedo asegurar que prefiero que mi novio siga tapando su rostro con una cortina de cabello. Soy terriblemente celosa y me puedo imaginar el revuelo que se montaría a su alrededor en cuanto el resto del mundo descubriese lo atractivo que es. Nos acurrucamos en el sofá y abandono la idea de ver mi capítulo diario de *Yo soy Bea*: me daría una vergüenza terrible verlo delante de él. Nico y yo todavía estamos en esa fase en la que vamos desvelando poco a poco

nuestros pecadillos, y no sé si ya estará preparado para mi lado más oscuro. Concretamente, para ese lado que he conseguido apretujar en el interior del armario de la habitación de invitados, armario que espero que nadie abra en los próximos meses... o se producirá algo parecido al efecto de expansión del universo, pero con restos de las rebajas y de la sección de oportunidades de Zara.

A falta de telenovelas de producción nacional, decido que el romance lo podemos producir en directo. Aquí y ahora mismo, en el sofá de tres plazas de nuestro salón de diseño funcional. Me siento a horcajadas sobre Nico y comienzo a dibujar un camino de besos por su cuello, algo que sé, por experiencia, que lo vuelve loco. Lo acaricio por encima de su camiseta, deteniéndome un momento en la ilustración de un protagonista de *El planeta de los simios* y en el titular que dice *I hate humans*. Me río entre dientes. Nico ha mejorado en algo su forma de vestir, pero en el fondo, sigue siendo el desastrillo del que me enamoré. Sus camisetas con mensajes subversivos son parte de su uniforme de trabajo, dice que así mantiene a los esclavos de cuentas bien alejados. Pero por mucha atención que merezcan las camisetas con mensaje de Nico, en este preciso instante lo que lleva puesto no me interesa nada, así que se lo quito todo con expertos movimientos.

Si hace menos de un año alguien me hubiera dicho que Nico *Mano Lenta* y yo íbamos a estar desnudos frente a frente, me hubiera bajado al bar más cercano y me hubiera calzado dos o tres gin-tonics y un par de raciones de oreja a la plancha con salsa ali-oli entre pecho y espalda (con lo mal que sienta esa combinación). Pero vaya, por aquel entonces yo estaba un poco perdida y no sabía exactamente lo que estaba bien y lo que estaba mal. Era inmadura y joven, acababa de salir de casa de mis padres y la vida se presentaba ante mí como una inmensa caja de bombones que había que abrir... o, mejor dicho, como la mágica fábrica de chocolate de Willie Wonka. Aun así, lo peor de todo es que hace tan

sólo un año yo pensaba que Nico, director creativo de RBDD & Partners y mi inmediato superior por entonces, era un tipo desagradable, una mala persona y el peor jefe que una chica como yo podía tener. ¡Qué ilusa! Afortunadamente para todos, no sólo había aprendido la lección, sino que me había hecho con la mejor nota de la clase.

—Con veintisiete años lo he conseguido todo en la vida —le dije un día a mi madre cuando me llamó para preguntarme si había pagado ya la contribución (¿contribución de qué? Yo no estoy asociada a ninguna ONG) y para recordarme que era un desastre y que lo mejor que podía hacer con mi vida era volver a casa, que era donde las chicas desastre como yo deberían estar hasta el día de su boda; así podría comer lentejas a porrillo y no correría el riesgo de tener el hierro por los suelos—. Me han dado un aumento de sueldo, mi carrera en la publicidad va viento en popa y el chico de mis sueños bebe los vientos por mí.

—¿Que bebe qué? Hija mía, con lo malo que es el alcohol.

¡Ay! Mi madre siempre lo entiende todo mal. Aunque tenía razones para desconfiar de Nico, sobre todo porque, aunque no muchos, mi antiguo jefe me sacaba algunos años y mi madre interpretó eso como una señal inequívoca de que me llevaría al huerto en un plazo de tiempo inferior al que ella consideraba propio en una relación. Qué listas son las madres. Y la mía ni te cuento. Antes seguía al dedillo (más o menos) todas las máximas de la **Ley General de Madres**, ya sabes, cosas como no apoyarse jamás en un váter público, sentarse con las piernas cruzadas, no mostrar nunca la ropa interior, etcétera, etcétera. Pero en los últimos tiempos me he relajado bastante y he decidido crear mis propias reglas: la **Ley General de Mujeres Modernas y Emancipadas de sus Madres**. Porque la vida ha cambiado una barbaridad, y los baños públicos también. Ahora casi todos son un dechado de limpieza e higiene. El caso es que la **Ley General de Madres** se ha queda-

do anticuada y las mujeres hemos cambiado un montón, así que las reglas tienen que cambiar también, me digo mientras me abandono en los brazos de Nico y desecho la idea de comenzar a redactar ahora mismo la **Ley General de Mujeres Modernas y Emancipadas de sus Madres**.

Quizá lo haga dentro de un rato.

O puede que no.

Esto... Mmmmmmmmm... Síiiiiii...

Está claro. Estoy pensando que a partir de este fin de semana la **Ley número 1 de la Ley General de Mujeres Modernas y Emancipadas de sus madres** regulará el número de veces por semana que una hembra de mi condición y edad debe tener sexo. Pero, ¡joj!, sexo del bueno, nada que ver con lo que venía siendo mi vida sexual hasta hace unos meses. Estoy hablando de sexo arrebatador, del que te deja sin palabras, del que te hace estremecer y luego derretirte por dentro. Del que te deja exhausta y al minuto te hace sentir como una superheroína capaz de repetir la hazaña una y otra vez.

Creo que veinte o treinta veces por semana serán suficientes. Todavía tengo que pensarlo en serio. Y las posturas obligatorias. O que sea obligatorio que se haga en todas las posturas.

Ay, no sé...

Nico me escucha muy serio cuando se lo explico y me dice que si lo regulamos así, se acabará el país, que nada funcionará y que moriremos todos de inanición (signifique lo que signifique eso de la inanición). Pero al segundo se ríe y me atrae hacia sí. Y volvemos a empezar.

A veces no entiendo a los tíos, la verdad.

El metro un lunes es lo más parecido que puede haber a una orgía asquerosa con un montón de desconocidos con el cejo fruncido que están hasta las trancas de café y se frotan contra tu bolso con desidia (en vez de con lascivia). Yo no sé a ti, pero a mí el metro me hace odiar al género humano, algo no demasiado práctico cuando mi trabajo consiste esencialmente en seducir a la mayor parte posible de ese género humano para que consuma galletas y lavavajillas. En el metro pienso que un Apocalipsis que destruyera a los humanos sería positivo. Lo único negativo sería que me quedaría sin trabajo.

Salgo del metro amargada, rumiando estos pensamientos, y atravieso una glorieta como puedo. Madrid parece una gymkhana gigante y yo hoy llevo las de perder: me caigo de bruces en la primera zanja que me encuentro y consigo meter mis zapatos nuevos en tres charcos que Gallardón ha mandado colocar para dar ambientillo en Rubén Darío. Pero eso no es lo peor, lo peor son los obreros que te desnudan con la mirada y después te quieren invitar a desayunar un café con porras en el bareto más cercano (las porras las ponen ellos). Unos perversos de tomo y lomo. Yo intento ignorarlos con mi mejor mirada de odio, y atravieso tres vallas y un socavón gigante sin más percances que un rasguño en la rodilla y dos carreras en las medias. Por fin llego al portal de mi agencia, RBDD & Partners, saludo al guardia de seguridad y subo a la tercera planta, al departamento creativo.

El mismísimo epicentro de la agencia.

Dejo las cosas tiradas en mi sitio y saludo a Mónica, mi compañera, con un gesto de disculpa. Soy la última en llegar, pero, para compensar, Mónica lleva ahí desde primera hora de la mañana, sentada frente a su ordenador, con su documento de Cukitas ya abierto y preparada para la acción. Como si esto fuera Alemania,

en vez de España. Yo necesito un par de cafés bien cargados, una magdalena, un Marlboro Light y un par de conversaciones superficiales sobre mi fin de semana para sentirme mínimamente preparada, y poder afrontar el folleto que tenemos que hacer sobre las nuevas Cukitas con bífidos activo y omega 3. La pesadilla convertida en galletas.

—¿Qué tal el finde? —me pregunta mi amiga, que me conoce perfectamente y sabe que lo de empezar a trabajar así de golpe, sin anestesia ni nada, no va conmigo. Me ha dejado un café bien cargadito, aún humeante, en su vaso de poliestireno. Es un sol y la mejor diseñadora que podrás encontrar por estos lares. Mónica no es sólo mi pareja creativa en RBDD & Partners, sino una de mis mejores amigas, es una de las pocas personas en el mundo mundial que conoce mi verdadera talla de sujetador (lo que no le confesaría a nadie aunque me insertara cerillas encendidas en las uñas de los pies) y mi debilidad por hacerme con todas las prendas del Hoss Intropia más cercano. Y también es la persona más responsable, seria y ordenada que conozco, pero hasta Mónica sabe comprender que no todos podemos ser tan trabajadores e incansables como ella.

—Ufff —suspiro mientras me dejo caer en mi silla y enciendo el Mac—. De lo más estresante. No sabía que la vida en pareja fuera tan complicada.

—Ya te lo advertí —es su respuesta, pero se le escapa una sonrisa cómplice. Me fío mucho de los consejos de Mónica en el terreno sentimental, por algo ella lleva varios años viviendo con su chico, Jose, y es toda una entendida en este terreno. Yo, en cambio, me acabo de estrenar en el mundo de la vida en pareja y aún estoy bastante perdida.

—Tuvimos que quedar con sus primos para que me conocieran y eso. Fue horrible. Querían saber cuándo nos pondremos a tener bebés. Y cuándo será la boda, y si habrá entremeses de primero.

—Pobrecita.

—Y he descubierto que...ay... Nico... ¡se depila los pelos de la nariz!

—¡Vaya por Dios!

—Sí, creo que eso contrarresta que él me encontrara depilándome las ingles con su supermaquinilla de afeitar último modelo.

—¿Con su maquinilla? Pero, Sabrina, ¿cómo pudiste hacer eso?

—Tú no sabes cómo es esa maquinilla, Mónica. Si tuviera que elegir entre Nico y ella... en fin. Pero ahora Nico la ha guardado bajo llave. ¡Menudo fiasco!

—Bueno, mujer, volviendo al finde, seguro que haríais algo divertido también.

—Sí, el sábado por la noche estuvimos en una fiesta en casa de Iván Salero.

—Ostras. ¿El divo de la publicidad? —pregunta emocionada. Sin esperar a que responda, continúa—: ¿Y cómo es su casa? ¿Es verdad que tiene un jacuzzi en la terraza? ¿Y una vitrina llena de premios de Cannes y del Festival El Sol de la publicidad? ¿Es verdad que se corta el pelo a tazon y a contracorriente?

Asiento con la cabeza. Iván Salero es eso y mucho más. Es uno de los grandes del negocio y, hasta hace bien poco, uno de nuestros competidores más fieros a la hora de ganar grandes cuentas. ¿Quién me iba a decir a mí, Sabrina Solís, que iba a terminar codeándome con los más famosos del sector? Es lo que tiene tener un novio que también es director creativo de una gran agencia de publicidad.

—Bueno, la fiesta tampoco fue para tanto —le resumo a mi amiga—: nadie fue abofeteado; no hubo tomate en el jacuzzi, ya sabes a lo que me refiero; nadie lanzó ningún televisor por la ventana; nadie se puso piripi: nada que ver con lo que yo esperaba de una fiesta de grandes estrellas de la publicidad.

—Sí —escuchamos una voz a nuestras espaldas—. La publici-

dad ya no es lo que era y las estrellas de la publicidad se han quedado en simples enanas marrones.

Mónica y yo nos giramos. Tal como imaginaba, el que habla es Juan Pacheco, mi inmediato superior y mi ídolo personal. Además, es el único creativo que conozco que tiene su propio club de fans y que escribe ensayos sesudos sobre el perineo. En otra época, nos instruía a escondidas en la cocina sobre las mejores maniobras para sobrevivir en una agencia de publicidad, y eso nos salvó del desastre.

—Buenos días, Juan —decimos las dos a la vez como alumnas bien aplicadas.

Pacheco se deja caer en una de las sillas que tenemos reservadas para los invitados y para los esclavos de cuentas, que vienen a clavarnos briefings un día sí y otro también.

—¿Cómo están mis jóvenes castores hoy? ¿Preparadas para afrontar una semana llena de emociones?

—Si con emociones te estás refiriendo al folleto de Cukitas... Nos podrías encargar diseñar el BOE y nos parecería mucho más estimulante.

—Bueno, estoy seguro de que dentro de muy poco tendréis la oportunidad de participar en un proyecto muy emocionante.

Y no dice nada más. Se limita a levantar sus cejas rubias, siempre es igual. A Pacheco le gusta hacerse el interesante y presumir de que cuenta con información extraconfidencial, pero esta vez no se va a salir con la suya. Pienso hacerme la fría y la indiferente, así que me llevo el café a los labios, le doy un sorbo lento, miro a Mónica, vuelvo a sorber café, abro mi correo electrónico y entonces...

—No me importa si pasa algo —comienzo a decir muy lentamente, sin mirarlo—. Si tú no quieres contarnos nada, pues ya está. No me preocupa en absoluto, puedo aguantar perfectamente sin saber qué se está cocinando en los hornos de esta empresa, sin

controlar lo que está pasando a mi alrededor y puede que afecte a mi futuro como profesional. Total, ¿qué puedo hacer yo? Soy sólo una creativa sin influencias en los altos cargos. Con muchas ganas de ayudar, eso sí —noto que según hablo me voy acelerando más y más—, pero si no me cuentas lo que pasa, pues no puedo hacer nada. Pero tampoco es necesario que me lo cuentes, si no quieres. Aunque harías bien, te lo aseguro, porque yo siempre tengo muy buenas ideas y...

Me interrumpe una carcajada salvaje.

La risa de Pacheco es la cosa más estruendosa que he oído jamás. Tan escandalosa que en las bibliotecas públicas sólo puede leer a Kafka y a José Manuel de Prada para evitar tentaciones. Y ahora se está riendo con todas sus ganas encima de nuestra mesa, tumbado en ella todo lo largo que es, que no es mucho, la verdad. Porque si su personalidad es la de un gigante, su cuerpo es distinto: Pacheco es pequeño, delgado y miope como él solo. Una vez yo lo describí como una exótica mezcla entre Candy-Candy, un Ángel del Infierno y Woody Allen. A él le gustó tanto que lo usó en su página de inicio del Facebook y en la invitación de la fiesta de inauguración de su nuevo cuarto de baño.

Pacheco luce una melena perfectamente cuidada, larga, rubia y rizada, que acompaña con una barba igual de larga, rubia y rizada. Su uniforme habitual son las cazadoras y los pantalones ajustados de cuero combinados con gafas de montura fina y plateada; gafas que ahora se quita con mucho cuidado para limpiarse las lágrimas provocadas por sus carcajadas.

—¡Ay! —suspira mientras las restriega con un pañito—. ¡Ay, qué risa! —sigue restregando y restregando los cristales mientras Mónica y yo esperamos a que deje de reírse. Al fin termina, se vuelve a poner las gafas y nos mira con esa sonrisilla suya, sardónica y algo torcida—. Qué risa tía Felisa. Está bien. Pero esto que quede entre nosotros, ¿eh?

—Sí, sí.

—Bien, parece ser que el director general nos va a convocar a todos a una reunión para...

Pero, de repente, Pacheco calla. Miramos alrededor y comprendemos por qué. Ha entrado en el departamento Daniel, nuestro director creativo ejecutivo, y el hombre más odiado de la agencia. Nadie lo diría si sólo le echara un vistazo, todo en su aspecto irradiaba modernidad, elegancia y buen gusto. Si en algún lugar de este planeta pudieses consultar una enciclopedia visual de la publicidad, seguro que la foto de Daniel aparecería para ilustrar el epígrafe del perfecto director creativo ejecutivo. Le gusta vestir de Hugo Boss de pies a cabeza, lucir una falsa y descuidada barba de dos días (ni un día más ni un día menos) y presumir de una boca perfecta, repleta también de perfectos dientes blancos. Su melena, castaña clara y semiondulada, brilla a la luz de los fluorescentes de la agencia; podría asegurar que recibe más mimos que cualquier cabellera de RBDD & Partners. De hecho, se cuenta por ahí que nuestro jefe se levanta todos los días una hora antes para engominar y colocar con mucho cuidado cada mechón y que recibe una prima anual para cubrir todos sus gastos de peluquería.

En resumen, que Daniel está como un tren y lo sabe. También es un jefe mezquino, capaz de robar las ideas de otros, poner la zancadilla a sus empleados y hacer cualquier cosa para sobrevivir y disimular que su talento hace mucho que se acabó.

Daniel atraviesa la planta y el silencio se hace a su paso. Detrás de él va su nuevo equipo de creativos junior. Un escalofrío me recorre de arriba abajo: los nuevos ayudantes de Daniel son tan repulsivos como él, arrogantes miembros del ultraexclusivo club de los creativos que van de divos. Mónica y yo los odiamos no sólo por eso, sino porque además se dedican a desacreditarnos por los pasillos de RBDD & Partners y a reventar y sabotear siempre que pueden todas nuestras campañas. Vamos, que nos ponen a pa-

rir finamente. También son odiosos porque van vestidos de alternativos, hablan de aburridas exposiciones de artistas desconocidos y abusan de todo tipo de tretas para hacerse los especiales, como comprar revistas alternativas y llevar los calzoncillos por encima de los vaqueros.

—Nos están mirando —susurra Mónica haciendo como que consulta algo en su documento de Cukitas con bífidus activo y omega 3.

—Disimula, que se acercan.

Pacheco se recoloca rápidamente y se inclina sobre el Mac de Mónica:

—Pues yo creo que necesitáis usar un poco más de verde en el diseño —improvisa a toda velocidad—. Se trata de la vertiente más ecológica y natural de Cukitas, así que la propuesta debe respirar ese sentimiento. —¿De qué habla Pacheco? ¿Desde cuándo las Cukitas tienen sentimientos, si más que galletas son mazacotes de harina y grasa que te chupan los jugos gástricos?—. Tenéis que pensar que vuestra creatividad es el camino para comunicar al público las bondades de las nuevas Cukitas con su fórmula...

Daniel se para junto a nosotros y nos mira con desprecio.

—Eso, vosotros seguid con vuestras ridículas galletitas mientras los demás hacemos trabajos de verdad —escupe.

—A ti te recomiendo las Cukitas con extra de fibra —contesta suavemente Pacheco.

Daniel no dice nada, pero aprieta las mandíbulas. Si pudiera, nos despediría a todos, pero entonces no podría robarle las ideas a nadie. Y además el director general no lo permitiría, así que tiene que aguantarse. Se pone a andar de nuevo, seguido por su séquito.

Pacheco se inclina hacia nosotras y nos susurra:

—¡Menudo idiota! Vayamos a un sitio más discreto, a la sala de reuniones de creación.

¿La sala de reuniones de creación? Es el sitio más discreto del mundo, porque nadie puede entrar fácilmente. Los miembros de la plataforma antiamigo invisible la han convertido en la sede central de sus actividades, que empezaron siendo simples manifestaciones en contra de la práctica de juegos entrañables (como el amigo invisible) en la cena de Navidad del año pasado, pero han acabado en sabotajes a gran escala en toda la empresa para conseguir que el papel higiénico sea de doble cara, que las magdalenas de la cocina tengan relleno de chocolate y que en los envases de las galletas príncipe de Beukelaer se acentúe la palabra príncipe.

Lo seguimos hasta la puerta de entrada. Para variar, hay un miembro haciendo guardia. Es Gus, el compañero de Pacheco y uno de los miembros más aguerridos y concienciados de la plataforma.

—Necesitamos la sala, Gus. Es sólo un momento —murmura Pacheco pasando por delante de su redactor a toda velocidad.

—Cheeeeeeeee. —No va a ser tan fácil como pensábamos—. ¿Adónde creéis que vais? Ahora mismo en esa sala se está desarrollando una actividad altamente confidencial y está prohibida la entrada a todos los que no sean miembros de la plataforma.

Mierda, mierda y mierda. Sabía que no me tenía que haber dado de baja la semana pasada.

—Ay, venga, Gus —imploro—. Que somos nosotros. —No parece servir de nada—. Que soy yo, Sabrina, la fundadora de la plataforma.

Pero ni con ésas. Gus no da su brazo a torcer.

—Venga, pollo —insiste Pacheco—, necesitamos hablar de un asunto importante y Daniel está husmeando por el departamento. Si nos dejas pasar, también os contaremos a vosotros de qué se trata.

—No.

—Y os ayudaremos a realizar la actividad delictiva que estéis perpetrando.

—Y os diseñaremos carteles gratis para la próxima protesta.

—Que no.

—Joer, Gus.

—Venga, tío.

Parece que Gus comienza a ablandarse con nuestros hábiles argumentos. ¡Lo que no consiga la retórica!

—Está bien. Os dejaré pasar si me decís la contraseña.

—¿Qué contraseña?

—Pues la contraseña de la plataforma.

¡Ja! Ésa me la sé yo. Sobre todo porque se me ocurrió a mí. Doy un paso al frente y pongo mi mejor cara de «tranquilos, chicos, que esto lo arregló yo en un santiamén».

—El briefing se acerca lentamente —comienzo.

—Huy, huy, ya huelo el humo de la pipa del señor patata —responde Gus invitándome a seguir.

—Sí, los marrones nos envolverán a todos.

—Llama al Telepizza y pide cuatro margaritas y una tres quesos —recita Gus cada vez más sorprendido de que hayamos llegado tan lejos. Pero sé que aún hay más.

—Y no te olvides del Alka Seltzer —completo.

—¿El Alka Seltzer? ¿Estás segura?

¿Cómo no voy a estar segura, si lo he escrito yo?

—Sí, Gus, el antiácido.

—Ah, pensé que era el Espidifén.

—El Espidifén es para el dolor de cabeza. Estamos hablando de indigestión del Telepizza.

—Ah.

—¿Ah, qué? —nos interrumpe Pacheco perdiendo un poco los nervios—. ¿Podemos pasar ya, sí o no?

Gus nos abre la puerta, no muy convencido, pero ya es demasiado tarde para arrepentirse. Pacheco, Mónica y yo nos lanzamos a la sala y cerramos rápidamente la puerta tras nosotros, no sea

que alguien nos vea reunirnos en secreto. Allí sólo están Cuco y Rebeca, esparciendo pegamento en spray en algunos documentos que han robado de la planta de cuentas. Mañana varios de los esclavos de ese departamento se llevarán una sorpresa cuando intenten sacar esos documentos de sus carpetas. Les hacemos un gesto silencioso y nos sentamos en una esquina a cuchichear, ajenos a la que están montando.

—Bien —retoma Pacheco—, pues parece ser que el director general nos va a reunir a todos para darnos una charla sobre la crisis...

—Uff, despidos.

—No, no creo que sea eso, porque también nos quiere comunicar que uno de nuestros clientes más importantes nos va a invitar a participar en un concurso internacional.

Ostras. ¡Un concurso internacional! ¿Sabes lo que significa eso? Yo tampoco.

—¿Y eso qué quiere decir, Pacheco?

—Pues que si ganamos, nuestro anuncio no se verá sólo en España, sino en toda Europa.

Madre mía. Podríamos hacer un anuncio con un presupuesto supermillonario, una localización exótica en cualquier parte del mundo y una megastrella como Ewan McGregor en plantilla.